

Introducción.

La vida universitaria es casi siempre una aventura. Y como toda aventura, es algo incierto, algo cuyo futuro apenas si se vislumbra. Es fácil perderse en la niebla, en las opacidades de tantas disposiciones administrativas que regulan la vida universitaria, que hoy son y acaso mañana no sean o tal vez lo sean de otra forma. Esa incertidumbre ante el futuro constituye un rasgo determinante -no sé si conveniente o desafortunado- que de una u otra forma ha alentado siempre en la savia joven de cuantos se inician como aprendices de profesores universitarios.

Toda aventura puede resultar bien o mal y, en consecuencia, el aventurero puede en ella autofrustrarse. Desgraciadamente no contamos con ningún sismógrafo que, anticipadamente, registre las fluctuaciones por cuya virtud pueda predecirse lo que ha de suceder más tarde. De ahí que la vocación universitaria tenga mucho de aventurera y que, habiendo tantos posibles proyectos de realización, las más de las veces todos ellos anden a la deriva, según las variaciones, grandes o pequeñas, de las fuerzas espirituales en ese momento predominantes.

Junto al espíritu aventurero, el estilo universitario se caracteriza también por rasgos más estables, menos mudables y más permanentes. Entre ellos, uno de los más necesarios es la estudiosidad, una especial y fácil disposición para el estudio. Pero incluso esta misma nota -la estudiosidad- necesariamente ha de templarse; pues de lo contrario

su sustantiva estabilidad puede cambiarse en versatilidad azacaneada. Acaso por esto la estudiosidad deba regularse por la virtud de la templanza, para que ese afán de conocer, ni se exceda ni se extinga.

Hay dos vicios contrarios a la estudiosidad. En primer lugar, la curiositas, tan vehemente como vana, más vinculada a lo pasional que a lo racional. Entre los más jóvenes este vicio es el más frecuente. Hay muchas razones para que sea así: la ambición personal -de ordinario más a flor de piel, cuanto más joven se es-; el desconocimiento de sí mismo y de los propios límites; y una mayor vulnerabilidad para seguir con más facilidad lo que circunstancial y puntualmente halaga el capricho, que la fatigosa constancia exigida para alcanzar el fin de la tarea comenzada.

En segundo lugar, la pereza negligente, el dejar para más tarde -para un más tarde que nunca llega- lo que forzosamente hoy y ahora, debe realizarse. Este vicio es más propio de personas de mayor edad, una vez que han atravesado ese periodo incierto, pero real, en el que el demonio del mediodía emerge de forma repentina. También aquí hay razones que parcialmente justifican su mayor incidencia entre personas de más edad. La insatisfacción con lo logrado, el cansancio acumulado que va desgastando al organismo y una fuerte tendencia al aburguesamiento, a la instalación, al adormecimiento en los laureles, aunque éstos casos siempre sean del vecino, condicionan su aparición.

Contra uno y otro vicio ha de alzarse el espíritu aventurero, significado por el estudio constante, persuadido como debe estar de que lo suyo consiste en «hacer lo que debe y estar en lo que hace» (Escrivá de Balaguer).

Aunque los dos defectos anteriores puedan contraponerse en función de la variable edad y de este modo adscribirse, con mejor o peor sentido, a los dos bloques de población antes aludidos, sin embargo, uno y otro vicio -a veces de forma alternativa; en ocasiones de forma simultánea- pueden hacer presa en cualquier sujeto, independientemente de cuál sea su edad.

Dicho esto, quizás convenga añadir que precisamente por estas características de edad, todavía resulte más conveniente el trabajo conjunto entre los más y los mejores jóvenes. Porque si a los primeros lo que les sobra es iniciativa -no siempre bien estudiada y dependiente de la curiosidad-, a los segundos ésta les falta, o de no faltarles, es probable que al menos, les sobre el necesario sosiego para templar el beligerante espíritu de iniciativa, de que están tan sobrados los primeros.

Se han exagerado hasta el abuso las divergencias que suelen separar a la generación joven de la que no lo es tanto, pero sin que nadie se decida a dar una definición eficaz de lo que se entiende por generación. Y, sin embargo, apenas si se ha puesto el énfasis en las posibles convergencias que pueden existir entre ambas generaciones, precisamente por darse esas naturales discrepancias entre ellas.

A veces, las diferencias entre sujetos suscitan una atracción entre ellos muchos más intensa que la que pudiera causar su similitud. Algo de esto debe ocurrir en el ámbito universitario; de no ser así, sería extraordinariamente difícil, inviable casi, ese ayuntamiento entre profesores y alumnos, en que tradicionalmente se ha hecho consistir la esencia de la Universidad.

Decía Goethe, que «lo verdadero es lo que hace avanzar al hombre». ¿Hacia dónde? Hacia el futuro, en primer lugar, pero también hacia los otros, hacia el aunarse de voluntades en una tarea común que exija mucho esfuerzo, poco importa las diferencias de status, experiencia de la vida, o edad, que entre ellos se dé. Probablemente fue ésta y no otra la razón que nos aunó a los autores de esta publicación. La convicción de lo verdadero puede mucho más que el convencionalismo. Y el status, la edad, incluso la experiencia de la vida es algo más cercano a lo convencional que, propiamente, una convicción. En las convicciones se está; en los convencionalismos están los que nos observan. Por eso los convencionalismos distancian a unas personas de otras hasta estrechar el espíritu de cada una de ellas en la asfixia; las convicciones, en cambio, acrecen, robustecen y magni-

fican los espíritus, haciendo posible su ensambladura en una tarea común que acaba por hermanar a todos.

Cuando hay sintonía entre las convicciones de diferentes personas -y aquí, como hemos dicho, lo verdadero se presentaba como una convicción-, entonces es posible el entrelazarse de los esfuerzos singulares al servicio de una empresa colectiva. En cierto modo este resultado está aquí respaldado por el consejo de Shelley: «No escribas nada a menos que tu convicción de su verdad te impulse a escribirlo».

Pero lo verdadero no suele coincidir con lo exitoso. Como dice una máxima inglesa, *Nothing succeeds like success*, nada tiene tanto éxito como el éxito, a lo que habría apostillar añadiendo, «menos lo verdadero». Y es que el éxito como tal jamás puede convertirse en una convicción capaz de aunar voluntades, porque el éxito de cualquiera de ellas podría contraponerse al éxito de las restantes, que por esta razón percibirían como amenguado su éxito singular. El éxito acuna la competitividad y aleja de sí la emergencia de las habilidades cooperativas. Es cierto que la observancia del despliegue de los demás puede ayudar al despliegue de uno mismo, pero nadie puede auparse permanentemente sobre los hombros de otro. Cada uno, por contraste, puede elevarse y descansar, sin embargo, sobre lo verdadero. Y esto sin envidias ni resentimientos de ningún tipo, puesto que lo verdadero es el hilo común que a la manera de una convicción, a todos los une y el que sale garante de la permanencia en esta unidad. Cuanto más de verdad haya en el soporte de uno y cuanto más unido se esté con este uno, mayor estabilidad y alcance habrá en el otro. Por eso lo verdadero está, o debiera estarlo, en las entrañas mismas de las habilidades cooperativas de todo hombre, mientras que el éxito distancia a unas personas de otras, hasta disolver los posibles lazos que existían entre ellas.

Apreciado lector, el libro que tienes en tus manos surgió, precisamente, de la convicción en lo verdadero de dos alumnos y un profesor, cuyas diferencias, tanto en edad

como en circunstancias, eran -y aún siguen siéndolo- si no exageradas, sí lo suficientemente grandes.

Como profesor, ya me vas conociendo. Ahora me toca presentarte a los dos coautores de este libro: Miguel Martínez López (estudiante de 4º curso de Filología inglesa) y a Franciso José Fontecilla Rodríguez (estudiante de 5º curso de Derecho).

Mi amistad con ellos es, a qué dudarlo, grande. Nos conocemos desde hace ya cuatro años. Y esto para ellos es, paradójicamente, icasi media vida! Como director de este trabajo -si es que tal honor me cabe- he de decirte que ha sido una de las tareas más fáciles que como profesor universitario he afrontado, a lo largo de casi veinte años de actividad docente. Si algún mérito se me quisiera reconocer por esta tarea, éste no sería otro que el de haberles motivado. Cada uno de ellos con su talante -every man in his humour- han sabido acercarse al tema que les propuse, desarrollándolo a su manera, sin apenas conceder nada, ni a la docilidad servil ni a la rebeldía contestataria. Por mí parte, yo embridé ese afán de dirigismo que subyace en todos los humanos, limitándome a hacerles alguna que otra indicación, según lo estimé pertinente y que ellos -haciendo gala de la libertad que les caracteriza- siguieron o no en cada caso.

Dice Maritain que «liberar las buenas energías es la única forma de reprimir las malas». Desgraciadamente hay muchos que todavía se empeñan -parecen no haberse enterado- en reprimir únicamente las malas energías de los más jóvenes, causándoles miles de frustraciones sin cuento, mientras se pierden sus mejores energías -a veces para siempre-, como el agua entre las manos. Los profesores universitarios harían bien en reflexionar sobre la afirmación anterior. Pues, reprimiendo las «malas energías» de sus estudiantes, acaso repriman inevitablemente también la sed de aprender que palpita en la inteligencia de cada joven. Una sed ésta que, a esas edades, jamás se apaga, y cuya tra-

yectoria va más lejos de ella misma: es sed de ser útil, de servir- aunque a veces sea incluso ingenuamente- a los demás. Y esa sed, querido lector, nadie tiene, en mi opinión, derecho a frustrala. Cuando se frustra, los jóvenes alumnos acusan el golpe, surgiendo entonces esas mentalidades estériles que, amargándose, amargan la vida de las personas a su alrededor que tal vez tenían también algo valioso y original que decir al mundo. De este modo, se perpetúa, de generación en generación, la dislocadora y enajenante frustración de posibles vocaciones universitarias, tan necesitada como de ellas está nuestra actual Universidad.

A ninguno de mis dos amigos, les conocí, paradójicamente, en las aulas universitarias. Con ambos me encontré en otro ambiente, más distendido, que aunque formalmente no era académico, materialmente sí que era, estrictamente hablando, universitario. A ambos les conocí en un curso universitario organizado por la Asociación de La Rábida. Acaso por ello surgió la amistad entre nosotros y muy probablemente esa amistad y la presencia de aquel contexto, nos lanzó a esta tarea, haciendo ella sola todo lo demás.

Espero no equivocarme si valoro en demasía la importancia de contextos como éste. Toda tarea intelectual precisa de un humus en donde se enraiza y puede crecer lo que apenas si es un proyecto titubeante. Las reuniones de la Asociación de la Rábida han constituido, al menos para mí, ese humus necesario, tanto más necesario cuanto que estimuló a los asistentes -a todos y a cada uno de ellos- a percatarse de su propia libertad y a ponerla a trabajar, personal y libérricamente.

«Se dice, y acaso se cree -escribió Unamuno-, que la libertad consiste en dejar crecer a la planta, en no ponerle rodrigones, ni guías, ni obstáculos; en no podarla, obligándola a que se tome esta o la otra forma; en dejarla que arroje por sí, y sin coacción alguna, sus brotes, y sus hojas, y sus flores. Y la libertad no está en el follaje, sino en las raíces,

y de nada sirve dejarle al árbol libre la copa y abiertos de par en par los caminos del cielo, si sus raíces se encuentran, al poco de crecer, con dura roca impenetrable, seca y árida, o con tierra de muerte». A esto no tengo nada que añadir, a no ser que tampoco se plantan rosas en el estiércol.

Toledo, 24 de octubre de 1986

A. POLAINO-LORENTE
Catedrático de Psicopatología